



# DOS POETAS A ESCENA

o de hacerlo renunciar casi totalmente a los fueros de su celebrada imaginación. Difícilmente se reconocerían, por quienes no los supieran de antes, la vivacidad y el brio de Estruch en la lentitud de esta versión de *Sembradores*. Pero no hay sustancialmente otra forma de hacer gravitar este drama, cargado de palabras y casi elíptico en el peso y en la presencia de los hechos.

Donde hay alguna desprolijidad, es en la conducción de los actores, que suelen volver a su manera habitual (Otero, García Barca), aun a expensas de la fidelidad de los personajes a la obra: Aubert, según el libreto, debe hablar con "una voz sin gestos", y García Barca lo hace sibilante y recortado. Alberto Candéau y Estela Medina son los mejores, a pesar de que a la actriz suele faltarle algo de la carnalidad más instintiva y avasallante que pide su parte. Armen Siria rinde con más naturalidad de la esperable en ella, y tal vez haya que anotar al director — como tarea de útiles eliminaciones — el mérito de que la actriz se haya despojado esta vez de algunas notorias rigideces de articulación, que venían perjudicándola.

La planta escénica de Carlos Carvalho y Teresa Vila, ganadores de un concurso especial convocado para esta obra, es simple y suficiente. No nos convencen algunos detalles meramente ornamentales de la realización (la chimenea casi multicolor) ni cierta falta de calidez, sobre todo en el segundo escenario, por la que se reniega de ese sentido bienqueriente de la vida que es tan visible en el medio día francés. La iluminación, en cambio, obtiene algunos toques hermosos en los agrios contrastes de luz que enmarca la apertura del portal o pestaña una persiana casi descalabrada, que resguarda mal el ventanillo de la escalera. Los efectos sonoros, en la noche del estreno, tuvieron algún desajuste muy visible en la tormenta y la estampida del segundo acto.

Una palabra final debe anotar la chatura, el prosaísmo sin vuelo y la dureza de la traducción, que firma Augusto Guibourg; hallar en otro idioma las equivalencias de engañosa naturalidad y férvida poesía del lenguaje de Giono no es una tarea fácil. Guibourg sólo pone al servicio de ella un lenguaje pedestre, de lamentable pernuria imaginativa, que no nos ahorra, eso sí, el artificioso y desplazado cultismo de la segunda persona del plural.

— II —

Cuando Club de Teatro lleva a escena *El jugador del mundo occidental* (*The Playboy of the Western World*) ya no se trata de Manosque sino de Irlanda. Y J. M. Synge, nacido en 1871 y muerto en 1909, no es nuestro estricto contemporáneo, como Giono, ni ha alcanzado la misma universalidad. Fue uno de los pilares del nacionalismo literario irlandés (hecho a menudo a costa de la detracción jovial de los mismos compatriotas) que se centró en el Teatro de la Abadía, y contó también con el concurso de W. B. Yeats, Sean O'Casey, George Moore, Frank O'Connor y, como Ninfa Egeria del grupo, con Lady Gregory. Si Wilde, Shaw y Joyce pensaban en el mundo de su época (o, en el caso del novelista, en el más intemporal del hombre por dentro) estos escritores se proponían algunos objetivos inmediatos, muy concretos. Moore, es verdad, se evadió luego de ellos, pero la breve vida de treinta y ocho años de John Millington Synge — abierta y cerrada en Dublín — fue enteramente dominada por esa empresa del color local.

En el prefacio de *The playboy* dice que, más que en toda enseñanza que se le impartiera, aprendió gracias a un agujero en el piso, que le dejaba escuchar lo que decían los sirvientes en la cocina. "Uno tiene — agrega — por un lado a Mallarmé y Huysmans, produciendo esta literatura; y por el otro a Ibsen y Zola, tratando con la realidad de la vida en trabajos pálidos y sin alegría. En la escena debe haber realidad y debe haber alegría; y es por eso que el moderno drama intelectual ha fracasado y la gente ha si-

do inficionada por la falsa alegría de la comedia musical, que les ha sido dada en lugar de la rica alegría fundada solamente en aquello que es soberbio y salvaje en la realidad. En una buena obra cada parlamento tiene que tener sabor, como una nuez o una manzana, y esos parlamentos no pueden ser escritos por quien trabaje entre gente que ha cerrado sus labios a la poesía. En Irlanda, por unos años más, tendremos una imaginación popular que es altiva, magnífica y tierna; de modo que los que estamos deseosos de escribir partimos de una oportunidad que no les es dada a los escritores en aquellos lugares en que la primavera de la vida local ha sido olvidada y la cosecha es sólo un recuerdo y la paja ha sido convertida en ladrillos".

Todo esto tiene una situación sociológicamente precisable ("Irlanda no tiene una sociedad que pueda absorber al individuo", escribe O'Connor) y crea dificultades casi insalvables a la traslación. Cuando se estrenó *The Playboy* el público irlandés la silbo, considerándola una "caricatura libertaria e inmoral". Al valorizarse literariamente, la obra ha sido objeto de reproches consistentes: el talento de Synge parece más conforme a la brevedad (*Riders to the Sea*) y se agota en el contraste entre una verba rica e "infantiles debilidades de construcción", como dramaturgo. El mismo material dramático de que echa mano no parece suficiente para una obra en tres actos, por lo menos en el caso de *The Playboy*, y la dificultad de una versión española consiste en hallar la forma de compensar la pérdida de potencial que supone la traducción de un texto tan intrasferible dado a los modos locales de decir, allí donde tampoco puede apelarse a la enjundia de la construcción teatral.

Club de Teatro contó con una traducción fluida e inteligente de Ida Vitale, que renunció de antemano a todo intento de remedo del coloquialismo irlandés, y prefirió, a pesar de las largas parrafadas que a menudo impone el texto, la transaccional equivalencia de un lenguaje llano, sin particularismos de ubicación. Pero el compromiso de hacer una obra de Synge no está resuelto por el hecho de que disponga de una buena traducción y se prescinda juiciosamente del tendencioso color local. También García Esteban, cuando estrenó *Jinetes hacia el mar*, con una traducción de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí y un elenco de la Asociación Cristiana, partió ya de esos puntos.

Aquí se precisaban complementariamente tres cosas: una ambientación escénica en el estilo de la traducción, buenos actores que hallaran una unidad de estilo, y un ritmo adecuado para que la obra no se desmandara al decaer.

El único ambiente escénico de Carlos Carvalho y Teresa Vila, aunque desoye parcialmente las indicaciones de Synge (curiosamente, para contradecirlo en derecha e izquierda) es, dentro de las limitaciones de escenario de la sala de Club de Teatro, un producto aceptable, por más que la imaginación del lector del libreto pueda pensar en la mayor alegría, comunicada a redes, ventanas y paisajes, que este boceto escénico encierra demasiado. Hubo por lo menos en él una buena entonación de color (en ocre) y una verosimilitud de inserción física que estaban ausentes, por ejemplo, en la total desubicación de *June* y el Pavo Real por la Comedia.

En la interpretación hubo un punto alto, a cargo de Roberto Fontana. Su playboy tiene humor, ternura, candor y picardía a un tiempo. Es una de las mejores actuaciones en la carrera del actor, que ya sabe de otros éxitos.

La obra de Synge tiene poco más que el trazado clásico de agonista, deuteragonista y coro, aunque de éste emergen episódicamente algunos actores. El otro papel es el de Pegeen Mike, atribuido a Graciela Gelós. La actriz, que tiene buenas disposiciones dramáticas a cultivar, debía aquí ha-

cer a la muchacha bravía, huraña y recónditamente sentimental que se enamora de Christy Mahon cuando lo cree un héroe (el héroe-delincuente cuya aureola apunta a una sátira no necesariamente irlandesa), abomina de él al saberlo un liviano impostor, pero no puede menos de verlo partir con un callado sentido de desposesión. El personaje estaba más allá de la juventud comunicativa de la actriz, y le pedía una fuerza que sólo encontró por momentos, y no justamente en aquellos en que más visiblemente quiso invocarla en el gesto, en el ademán impostadamente rudo, en el desmañado caminar.

En lo que llamábamos el coro, hay varios estilos, y hasta desniveles de volumen tan notorios como el que crea la voz de Federico Wolff, cuando irrumpe, con mímica desaforada y hablar de trueno, en el pequeño espacio de la taberna. Hay en ese coro quienes amaneran la embriaguez, quienes dan demasiado relieve de perfidia melodramática, sinuosa, al simple deseo carnal (Isabel Giffoni, para describir en un estilo del viejo cine la concupiscencia de la viuda Quin), quienes no pueden superar, en medio a composiciones logradas, el empuje de la voz inmadura o el ya típico enfurruñamiento infantil de emisión (Claudio Solari).

Estas desigualdades son las del elenco, y Laura Escalante, que inicialmente implantó muy bien la obra, no pudo evitarlas.

En cuanto al ritmo de la versión, fue inobjetable mientras el texto mantuvo sus prestaciones propias. Laura Escalante supo crear la sugestión de ambiente y personajes, y moverlos en tanto discurrían para presentarse y tramar el menudo asunto de la fábula escénica. En el primer acto, por eso mismo, está lo mejor de esta puesta en escena. Más adelante, cuando ya el texto es más difícilmente rescatable, porque a un tiempo languidece de invención y se sacude en apariciones, tumultos, incidencias de golpe y porrazo, la dirección no cuidó la diversidad de dos estilos: el que sobrevivía desde el comienzo y el que se había instalado desde la llegada del viejo Mahon. Debe exceptuarse la escena de las jóvenes campesinas, resuelta con gracia y sentido plástico.

En la suma de reconocimientos y salviedades, el espectáculo presenta muy decorosamente a un autor cuyas dificultades de traslación son acaso más llamativas que sus mismos innegables encantos (preferiblemente verbales). En la inevitable comparación, se salva por lo menos una pujanza, un brio de espectáculo y, por una muy buena actuación personal, el esfuerzo de un elenco, extremos todos ellos que faltan para justificar, en cambio, la empresa de la Comedia Nacional con sus tediosos *Sembradores* de fin de temporada.

C.M.M.

## CLUB DE TEATRO

presenta

**"El Juglar del Mundo Occidental"**

de

**John Millington Synge**

**Una sabrosa comedia popular**

**dirección: Laura Escalante**

**Nuevas a sábados a las 22 hs.**

**Domingo 18 y 22 hs.**

**Rincoén 506**

**Tel. 9 25 24**

**Reserve su entrada**